GALERIA de ANTIGÜEDADES

FUNCIÓN DEL ANTICUARIO

Como sucede con otras vertientes de nuestra cultura, estamos asistiendo a una rápida evolución del anticuariado español, dirigida primordialmente a cambiar su imagen. Algunos de ellos opinan que estamos aún muy por debajo de los niveles de profesionalidad que existen en otros países europeos. Los más optimistas, como Manuel Riestra, creen que no distamos mucho de los otros países avanzados, exceptuando Inglaterra, donde la profesionalización, especialización y conocimiento de las antigüedades es muy superior a la de cualquier otro lugar.

Manuel Riestra

Hasta hace unos años y para muchos aún no está claro, se confundía al anticuario con el almonedista (que es el que vende objetos a bajo precio) o el «brocanteur» (que es el que compra, vende o cambia objetos de ocasión). Estos términos salen con frecuencia en las múltiples entrevistas que se vienen realizando a diversos anticuarios y todos ellos quieren dejar bien claro que la profesión de anticuario nada tiene que ver con las dos otras antes mencionadas. Al anticuario a la antigua se le ha considerado un hombre individualista, poco propicio a difundir sus conocimientos, lo cual ha llevado a que mucha gente interesada en antigüedades no se atreviera a cruzar el umbral de su tienda, si no era cliente habitual. La imagen que quiere ofrecer el anticuario de los ochenta es de hombre culto, con mayor espacio y luz para sus antigüedades, y que quiere homologarse con el anticuariado internacional. Para ello se han creado las Asociaciones de Anticuarios: el organizar y asistir a ferias y bienales o crear nuevos centros de antigüedades, como el de Puerta de Toledo.

Como sucede con otros colectivos, hay muchos anticuarios que son escépticos respecto a la eficacia de algunas de estas nuevas iniciativas que se han tomado para mejorar la profesión. Tenemos algunos que no

creen en las asociaciones y prefieren seguir a su aire, otros que opinan que las bienales no tienen por qué realizarse siempre en Madrid y otro grupo que tienen el criterio de que las ferias de antigüedades no alcanzan el nivel que deberían. Respecto a este último punto, reproducimos unas reflexiones que escribió el prestigioso anticuario de Barcelona Arturo Ramón para la revista *Antiquaria:* «Si analizamos objetivamente el tema de las ferias, llegamos a la conclusión de que la actual reglamentación, basada en unos organismos ajenos al mundo de los anticuarios y que con sus intereses y metrajes sólo ofrecen instalaciones tercermundistas a precios de oro, es arbitraria, absurda e incoherente... Las ferias deberían ser: o una sola anual o bienales, tal como eran en sus comienzos, porque en el plazo de dos años el profesional puede ir seleccionando sus piezas y ofrecer una imagen más seria, en definitiva superior».

Para que nos dé su opinión sobre los temas que hemos mencionado, así como otros muchos que hacen referencia al mundo de las antigüedades en general, hemos acudido a Manuel Riestra, que está dentro de la línea de estos anticuarios jóvenes, universitarios, y con un gran amor y sensibilidad para los objetos de valor antiguos. Ha pasado largas temporadas en Inglaterra y se ha especializado preferentemente en libros y cerámica antigua y además tiene en su tienda todo tipo de antigüedades, sobre todo de los siglos XVII y XVIII. Actualmente tiene tienda en el Rastro y ha abierto una en el Centro de Puerta de Toledo. Es tesorero de la Asociación Española de Anticuarios y vicepresidente de la 2.ª Bienal.

—¿No cree que estamos asistiendo a una rápida evolución del anticuariado español?

—Efectivamente. Aunque el anticuario español ha evolucionado en estos últimos años, aún estamos un poco anticuados. Nuestro ejemplo a seguir debe ser la «British Antic Dealer», que es una de las asociaciones de esta profesión más antiguas y que acredita los conocimientos y ética profesionales. En Inglaterra, el comerciante que tiene en su puerta ese símbolo tiene asegurada su garantía, no sólo personal, sino profesionalmente. En España, concretamente en Madrid, estamos intentando crear asociaciones, si no semejantes a las inglesas, pero que aspiren a serlo. Así tenemos la «Asociación de Empresarios de Almoneda y Antigüedades de Madrid y su provincia» y la «Federación de Anticuarios», de la cual soy tesorero. Todo ello va encaminado a amparar al comprador de antigüedades.

—¿Puede decirme la diferencia exacta entre almonedista y anticuario?

Azulejos sevillanos, cuerda seca

GALERIA de ANTIGÜEDADES

Incunable. Sevilla 1494

—Bueno, en el diccionario viene claramente la diferencia. El almonedista es el que vende objetos a bajo precio, y anticuario «el que hace profesión o estudio particular del conocimiento de las cosas antiguas». La diferencia concreta la delimita la licencia fiscal. Para asistir a las ferias se requiere la licencia fiscal de anticuario, además de la de almonedista. La mayoría de nuestros asociados obtuvieron la licencia fiscal de antigüedades, además de la de almoneda, los que no la tenían.

—¿Usted cree que existe una mayor preparación en las nuevas generaciones de anticuarios?

—Sin lugar a dudas. Muchos de ellos son universitarios y actualmente tenemos la Escuela de Anticuarios, que se halla en el Centro de Nuevas Profesiones en la Plaza del Conde del Valle de Suchil.

—¿Opina que siguen existiendo dos tipos de anticuarios, a la antigua, por decirlo de alguna manera, y los que quieren darle un nuevo enfoque al mundo del anticuariado?

—Bueno, en todas las profesiones existen personas de muy diversa índole y concretamente entre los anticuarios existía el concepto muy generalizado de que «el buen paño en el arca se vende», con lo cual yo no estoy de acuerdo. El anticuario no es sólo un comerciante, sino que el papel que desempeña es más amplio y de mayor responsabilidad. Debe recuperar objetos antiguos, hacer buenas restauraciones, incluso dar un dictamen sobre las antigüedades que tiene e incorporarlas al Patrimonio Nacional.

—¿No cree que en el momento actual existe un número excesivo de ferias o bienales?

—Respecto a que hay un número excesivo de ferias es muy discutible, pero la bienal es algo diferente. En ella se intentan demostrar los conocimientos de los anticuarios a través de las piezas expuestas. No son objetos que normalmente están en tiendas de antigüedades. Algunos de los objetos que llevan los anticuarios los han sacado de sus propias casas para poder mostrarlos en la bienal. La feria es más comercial, y hay mayor desigualdad entre las piezas expuestas.

—Parece ser que muchos anticuarios no están de acuerdo en que la bienal se celebre siempre en Madrid y que IFEMA organice las ferias.

—Respecto a lo primero, mi opinión es que la bienal se ha iniciado en Madrid y no hay razón que justifique que cambie de sitio. Tenemos el caso de las ferias de París y Flo-

rencia, para poner un ejemplo, siempre se celebran en la misma ciudad. Lo lógico es que siga celebrándose en Madrid y se institucionalice en el Centro Cultural Conde Duque, que es donde tuvo lugar la primera. Este año, por una serie de razones, se ha efectuado en el palacio de IFEMA de la Castellana, pero ha sido de forma transitoria. Respecto a su segunda pregunta del por qué IFEMA organiza las ferias, la razón es muy simple: esta entidad está dedicada exclusivamente a organizar ferias y son unos expertos en el tema y es lógico que requiramos sus servicios como sucede con Arco y otras ferias de diversa índole.

—Actualmente, ¿existe un tipo determinado de comprador de obras de arte?

—No. Los hay de todo tipo. Desde el coleccionista que va detrás de piezas determinadas de gran calidad hasta los novios que se quieren casar y quieren mezclar la decoración moderna con alguna buena pieza antigua. A este respecto, fomentan mucho el interés por las antigüedades las bienales y ferias. Y exposiciones como la de «Las Edades del Hombre» que ha tenido lugar en Valladolid.

—¿Se ha incrementado el coleccionismo de antigüedades en España?

—Sí, aunque el centro mundial de antigüedades sigue siendo Inglaterra, pero en estos últimos años, al aumentar el conocimiento de las antigüedades, se ha incrementado también el coleccionismo.

—¿Existe un mercado internacional de antigüedades en España?

—Lo hay, pero pequeño. Las leyes de nuestro Patrimonio son muy estrictas en este punto y deben modificarse, sobre todo cuando entre en vigor la Carta Única. Aquí en España hay piezas muy apetecibles y de las que carecen muchos museos. Tenemos el caso de Goya, por ejemplo. ¿Por qué no puede intercambiarse un Goya por un impresionista francés, que no existen en nuestros museos? Aún puede entenderse que haya leyes restrictivas en cuanto a la salida de obras de arte, pero lo que sí resulta incomprensible y absurdo que se pongan tantas trabas para su entrada.

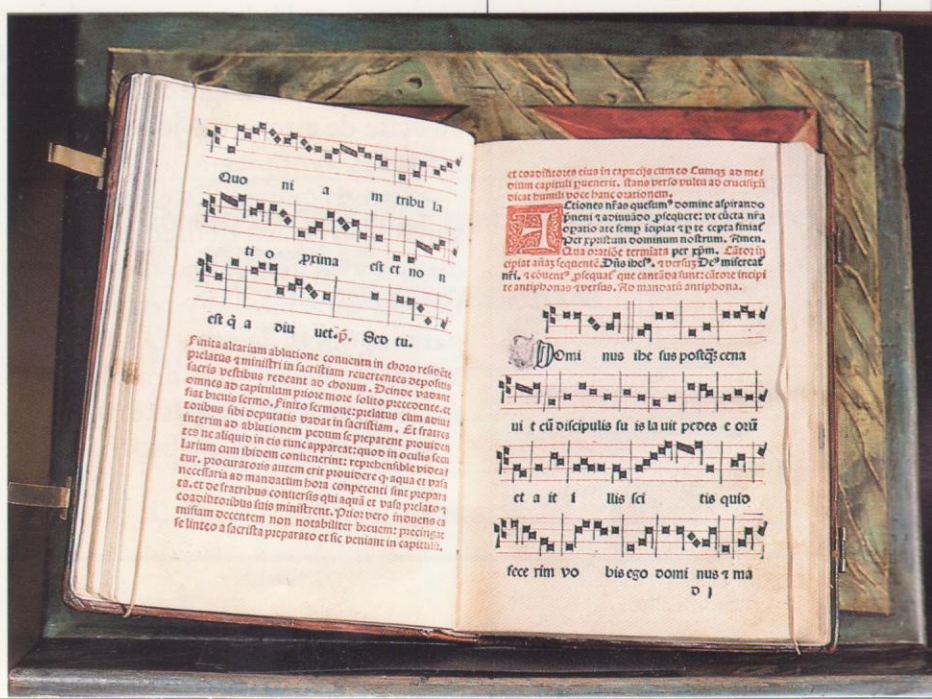
—¿Existe especialización en el anticuariado español?

—Muy poca, y esto es una de las cosas que intentamos imponer, pero de momento es difícil. Ya hay especialistas de muebles españoles, ingleses, franceses o de cerámica y porcelana de Indias, pero son pocos comparados con otros países.

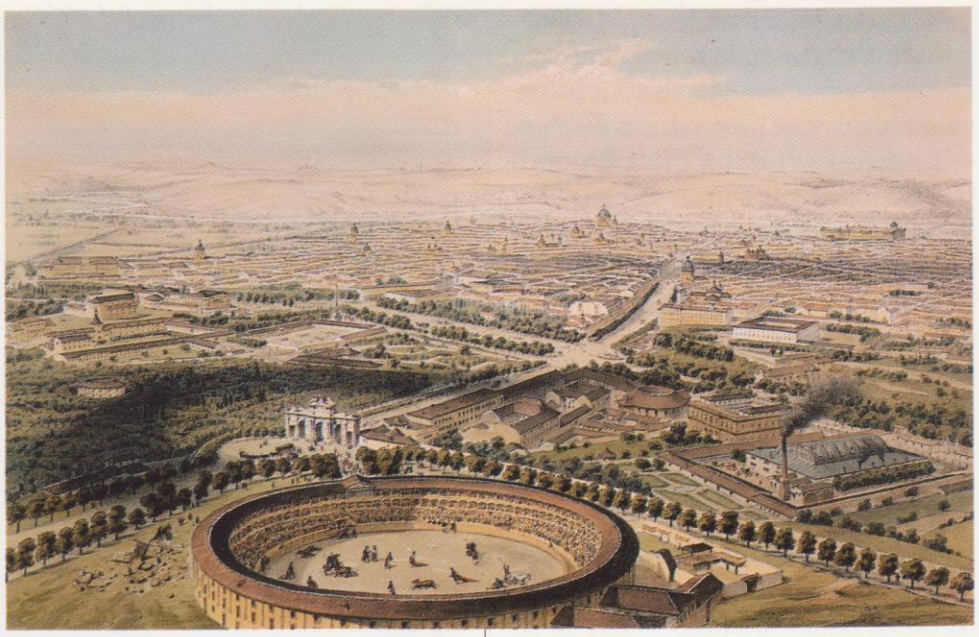
—¿Los anticuarios dan un certificado de garantía cuando se compra una antigüedad?

—Algunos sí lo dan. En la bienal, por ejemplo, al comprador se le da una ficha técnica de la pieza que compra. Lo ideal sería que esta exigencia se generalizara, pues en ello queda reflejada la profesionalidad del anticuario.

Incunable. Sevilla 1494



GALERIA de ANTIGÜEDADES



A. Guesdo: *España a vuelo de pájaro.* (1854)

—¿Se venden muchas falsificaciones o piezas mal restauradas?

—Sobre las falsificaciones, puedo decir que no creo que ninguno de los anticuarios pertenecientes a nuestra Asociación las tenga, y si se diera el caso sería por desconocimiento. Respecto al tema de las restauraciones, no sólo la restauración está permitida, sino que debe hacerse en muchos casos, siempre y cuando no modifique el diseño y características originales. Además depende mucho del objeto que se restaura; es muy distinta la restauración de una pieza arqueológica o una cerámica que la de un mueble.

—¿Compran antigüedades esa nueva clase de ejecutivos jóvenes denominados «yuppies»?

—Pienso que no. Este tipo de personas sólo tienen tiempo de generar dinero y en general no tienen la suficiente sensibilidad y refinamiento para las obras de arte. El amor a las antigüedades acostumbra a heredarse, se transmite de padres a hijos.

—¿No cree que en España existe muy poca literatura sobre nuestras antigüedades?

—Efectivamente. Al carecer de especialización, no tenemos estudios rigurosos sobre muchos temas. Así tenemos el caso de los grabados antiguos, del que yo soy un apasionado. Sobre ellos hay escasísimos trabajos y existen muy pocos compradores de antigüedades interesados en ellos. Yo conozco a una persona que tuvo durante largo tiempo guardado en una carpeta un grabado de Alberto Durero.

Terminada la entrevista, don Manuel Riestra nos muestra sus tesoros, como el niño su juguete más preciado. Maravillosos incunables, azulejería antigua de Triana, libros sobre grabados y cartografía, que le interesa especialmente. Acaricia los objetos y se deleita con su tacto. Las antigüedades —nos dice—, no son para tenerse en una vitrina, no se debe tener miedo de tocarlas, acariciarlas con primor, eso les da vida.

M. T. C.